

CONFERENCIA XXI

EL REINO DEL CIELO PADECE FUERZA

1. **No se llega á la verdad sin padecimientos intelectuales; no se llega al bien sin desgarramientos del corazón.**—Predicaba un día Livingstone á sus negros. ¿Dónde? No lo recuerdo; pero no importa: La enseñanza que quiero sacar es tan buena, como si el hecho hubiese ocurrido entre blancos. Basta saber que hablaba á negros. En medio del sermón, enajenado enteramente un jefe indígena, da un salto, se pone en pie, y exclama: «Padre, tengo que cambiar mi corazón, porque es orgulloso é irascible; dame el remedio». Ante tan importante conversión, estaba perplejo Livingstone; no sabía qué hacer. Como verdadero misionero protestante, y como genuino representante de la sociedad bíblica, sabía que no había más remedio que su Biblia: la abre, y lee un pasaje al arrepentido negro. Pero conocía mejor éste que el hombre de la Biblia la insignificancia de aquella medicina: «¡No! dijo inmediatamente, me hace falta un remedio, un remedio que quiero beber, y que me curará. Necesito sanar pronto, muy pronto».

En el mismo estado que aquél negro se encuentran muchos blancos. Boticarios parecidos son evidentemente esos historiadores, cuyas acusaciones contra el Cristianismo hemos referido antes, y que no le perdonan el no haber dado á Clodoveo y á sus francos, lo mismo que á los paganos recién convertidos, en general, un licor hechicero que los hubiera rejuvenecido instantáneamente. ⁽¹⁾ Abundan en todas las clases de la sociedad. He aquí uno perseguido por

(1) Véase más arriba, Conf. V, 21.

su conciencia: entra un instante en sí mismo; acaso va á confesarse, porque para él se trata menos de conversión, que de quedar en paz con su conciencia. Pero durante la noche no ha recibido medicina alguna capaz de rejuvenecerle; se va desalentado. He aquí esos hombres de Estado que hace siglos vienen maniatando á la Iglesia. Ven, no sin maliciosa sonrisa, cómo hasta la juventud comienza ya á burlarse de las bellaquerías de los clérigos y de la estupidez del pueblo. Pero no tarda en dar sus frutos la mala semilla, y el pueblo va mostrando lo que es, cuando no tiene ni fe ni piedad. Entonces sería bastante buena la Iglesia, si pudiese ofrecer pronto remedio para adormecer y domar al pueblo desencadenado.

Pero no hay en la vida moral remedios semejantes, y el Cristianismo en particular no tiene que ver nada con los charlatanes. Sólo los que á éstos se parecen, ofrecen curaciones maravillosas. El hábil médico, no cura sino lentamente. Si Livingstone hubiera conocido bien el Cristianismo, en toda la Biblia no hubiera encontrado más que estos dos textos para presentarlos al rey negro: «El Reino de los cielos padece fuerza»: ⁽¹⁾ «Con vuestra paciencia poseeréis las almas». ⁽²⁾

Ningún sabio cae del cielo, dice el proverbio. Pero según la marcha ordinaria de las cosas, sucede lo mismo con los hombres perfectos. Lo mismo que sale del suelo pequeña y débil la encina, y necesita años y años para llegar á su completo desarrollo, lo mismo que desde la más grande debilidad, hasta la virilidad más robusta se eleva gradualmente la parte corporal del hombre, así también éste necesita tiempo para recorrer el camino de su perfeccionamiento espiritual. En la tierra, cuanto más elevado es un ser, mayor es la perfección á la cual está destinado, y más penoso y lento es su desarrollo. No es raro que sean más vigorosos y prometan más los principios del pino cuya cima amenaza á los cielos, que los de una débil planta.

(1) S. Mateo, XI, 12.

(2) S. Lucas, XXI, 19.

Mientras que una planta, como la que al principio preparó á Jonás tantos consuelos, para proporcionarle después tantas amarguras, surge potente en algunas horas y desaparece casi en las mismas, se necesita tiempo para que alcancen los cedros el desarrollo que les permita desafiar á los siglos. Sucede lo mismo al sabio y al hombre perfecto. Sólo con el ejercicio y con el esfuerzo llegan á ser lo que deben ser. Cuanto más continuo y constante es su desarrollo, tanto más conforme á la naturaleza es su perfeccionamiento y tanto más durable la solidez á que alcanza; y si grandes son los obstáculos que debe sobrepasar, también es glorioso su triunfo. Por eso tuvo razón un pensador, cuando habló de este modo: «Tened miedo á lo fácil; así como no se llega á la verdad sin fatigas intelectuales, tampoco se llega al bien sin que muchas veces se sienta destrozado el corazón». (1)

2. Sólo puede ser bueno el que ha sido víctima de esos tormentos.—Es una de esas verdades que más de una vez provocan fácilmente esta respuesta: «Dura es la palabra, ¿quién puede oirla?» (2) Para honra de la humanidad, espero que no se hallará nadie que no conteste con un alegre sí á esta pregunta: «¿Quieres ser perfecto?» Pero sé también que, para muchos, será causa de un doloroso suspiro si inmediatamente añado: «Muy bien, manos á la obra». ¿Quién podrá desear otra cosa que la virtud? Si se pudiera llegar á ella sin esfuerzos, ¿hallaríamos un sólo hombre incompleto ó un sólo malvado? Nadie niega que es necesario hacerse bueno, pero lo que asusta á más de uno es que no se pueda llegar á serlo sin trabajo.

Se tropieza aquí con una nueva piedra de escándalo. «¡Ah! exclaman, ha sido fácil á los Santos hacerse perfectos, pero me están cerrados á mí los caminos de la virtud! Centenares de veces he tratado de refrenar la cólera, y he visto que son inútiles mis esfuerzos. Está hecha de tal modo mi naturaleza, que siempre viene á manifestarse la

(1) Baader, *Vorles. über Societätsphil.*, 10, S. W. XIV, 114.

(2) S. Juan, VI, 61.

violencia. Ciertamente es que tenía razón el poeta cuando dijo: «Cazad por la fuerza la naturaleza; se revuelve, se escurre á través de los injustos desprecios que le hacéis, y concluye por triunfar de ellos». (1) Nadie da lo que no tiene. Practiquen la mansedumbre y la paciencia los que las tienen por naturaleza; yo no las tengo, y jamás llegaré á tenerlas. Más vale que me dispense de un trabajo inútil, que exponerme á las censuras de la conciencia, dirigiendo mis esfuerzos sin esperanza y sin fruto á cosas que para mí son demasiado elevadas».

3. ¿Es disposición de la naturaleza el fundamento de la virtud?—La misma opinión llevó á Platón tan lejos del camino de la verdad. «Toda virtud, dice, supone de parte de los hombres disposiciones naturales; por lo cual, pueden reducirse éstos á tres clases. En el grado más bajo de la escala están y estarán eternamente, porque jamás les permitirá subir más arriba su naturaleza, esos hombres de cobre, cuya aptitud para la virtud del grado más ínfimo, el dominio de sí mismos, tiene determinados límites á este respecto. Vienen después los hombres de plata que, por sus capacidades naturales, están en aptitud de practicar la virtud de segundo grado, la fuerza. Al tercer grado, al de la perfecta aptitud para la virtud, sólo pueden llegar aquellos espíritus de oro, á quienes ha dado en herencia la naturaleza el talento filosófico». (2) Luego, se elevará muy alto en el bien quien en su nacimiento fué felizmente dotado; pero puede abandonar la esperanza de elevarse sobre sus disposiciones naturales el que heredó una naturaleza desgraciada; le haría expiar su presunción un desengaño tanto mayor cuanto mayores sean los esfuerzos hechos.

Difícil es encontrar doctrina más repelente, más orgullosa y más demoleadora; sólo faltaba que se diese entrada en la virtud al particularismo del insoportable espíritu de casta. Sólo faltaba que, á pesar de todos sus esfuerzos,

(1) Horacio, *Epist.*, 1, 10, 24.

(2) Platon, *Rep.*, 3, 21, p. 415. Eusebio, *Præparatio evangelica*, 12, 43.

fuesen condenados á no rebasar jamás la medida de las virtudes propias de sus ordinarias ocupaciones, hombres que toda su vida se han entregado á trabajos penosos, y que á pesar de todos sus sufrimientos, permanecen eternamente pobres; hombres que se diría que han nacido únicamente para el sufrimiento; y sólo porque no han nacido con disposiciones extraordinarias para el estudio de la filosofía!...

4. Cada uno tiene para el bien una aptitud inamisible: la virtud es una facilidad para la cual cada uno lleva en sí la disposición.—De tal modo se revela el sentimiento moral contra semejante opinión, que no podemos ni pensar en ella. Á poco que se reflexione, se verá como está mal fundada, siendo lo único que hay de verdad en ella este principio: «Para la virtud se necesita aptitud natural». ⁽¹⁾ Así como no se desarrolla una planta sin la semilla y sin el germen, así como no es posible conocimiento alguno racional en un ser que no tiene disposiciones racionales, tampoco cabe virtud donde no hay disposiciones morales. Pero felizmente se encuentran en la naturaleza del hombre estas disposiciones. «Por su naturaleza está nuestra alma emparentada con la virtud». ⁽²⁾ Nuestra razón lleva en sí las primeras ideas fundamentales de la moralidad, y nuestra voluntad, la inclinación á obrar conforme á ellas, ⁽³⁾ no siendo capaz de aniquilar las semillas del bien, ni toda la malicia imaginable. Jamás perderá sus aptitudes el hombre mientras no cese de ser hombre, siendo esto posible, si pudiera despojarse de la naturaleza humana. ⁽⁴⁾ De donde se sigue que, por naturaleza, nadie es incapaz de ser virtuoso.

No hay duda que es gran auxilio para llegar al bien la inclinación natural á la práctica de una virtud particular. El que por naturaleza tiene corazón tierno, practicará las

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 1, 3, 4; 6, 13, 1. *Polit.*, 7, 12, (13), 6.

(2) S. Basilio, *Regula fus.*, 2, 1, 2; *Hexaëmer. hom.*, 6, 4.

(3) Sto. Tomás, 1, 2, q. 51, a. 1; q. 63, a. 1; 1, 2, q. 85, a. 2, ad 3.

(4) Belarmino, *De gratia et lib. arb.* 5, 12, 7; Cfr. Scheeben, *Mysterien des Christenthums*, 233.

virtudes de la mansedumbre y de la misericordia con más facilidad que el que tiene corazón frío y duro. Pero, ¿quién pretenderá que éste último es incapaz de practicar la virtud de la caridad? ¿Quién no admitirá que, cuando haya llegado á practicarla, será para él más bello ornamento esa virtud que para el que á ella se siente inclinado por efecto de una disposición especial que tiene su naturaleza? ¿Quién no conoce, aunque no quiera, que esa mansedumbre y esa amenidad, que ha conseguido á costa de inmensos sacrificios un carácter violento, impresionan más dulcemente que las que provienen de la nativa bondad del alma?

Tampoco hay duda que puede llegar á un alto grado de perfección el hombre, aun sin una disposición natural superior á la medida de general aptitud para la moralidad. «No es la virtud, como ya lo dijo Aristóteles, simple disposición de sentimiento, no es vana inclinación, no es simple potencia, no precede á nuestros esfuerzos; es el producto de nuestro trabajo. Es necesario que, á la aptitud natural que para ella se tiene, vengan á unirse la actividad de la razón y el trabajo de la voluntad. Nace la verdadera virtud sólo cuando, con su trabajo personal, ha hecho nacer en sí el hombre cierta facilidad en sus disposiciones naturales. Pero la causa de la virtud somos nosotros, porque nace del ejercicio. No se adquiere con el propio saber, pues no es pequeño el número de los que hablan y forman juicios sobre ella, y están, sin embargo, muy lejos de ella; sólo con la intención y la buena voluntad firme se puede llegar á ella». «Y en efecto, dice el más grande pensador de la antigüedad, tres cosas son necesarias para adquirirla. Primero, conocerla claramente; segundo, que no sólo se manifieste interés por ella, sino que se tenga intención de adquirirla; en fin, que se la busque con valor y con perseverancia». ⁽¹⁾

5. La facilidad es fruto de un hábito constante é intencional.—Si se quiere, se puede dar el nombre de

(1) Aristóteles, *Ethic.*, 2, 1 y sig.; 6, 1 y sig.; 5, 13; 10, 9 (10).—Sto. Tomás, *Ethic.*, 2, l. 11.—S. Antonino, IV, 1, 2; L. 14, 3, 1.

virtud á la inclinación natural que lleva á cada uno á la práctica especial del bien, por ejemplo, de la limosna; pero será necesario entonces tomar en más lato sentido este nombre, y ver en esa inclinación una buena disposición que conduce á la virtud. Considerada ésta como tal, nada de meritorio tiene en sí, porque se da al hombre sin su propia cooperación. «Debe ser purificado y perfeccionado por el trabajo personal todo lo que de honroso ha puesto en nosotros la naturaleza, para que pueda ser digno de alabanza». ⁽¹⁾ «Sólo por el hábito y por la actividad continuada en forma duradera, merece la facilidad adquirida, en lo más estricto de la palabra, el nombre de virtud». ⁽²⁾ Hay muchos que en este punto se forjan ilusiones. ¡Es tanta la felicidad de haber sido dotados de un corazón naturalmente tierno! ¡No es posible soportar sin emoción la mirada de Aquél que dió su vida por sus amigos y murió en una cruz entre ignominias y tormentos! Nos basta esto para despertar la convicción de que reinan en el corazón el amor del prójimo y la devoción. Sin embargo, hay que pensar en la invencible aversión que experimentamos á veces hacia un antiguo amigo que nos ha ofendido, hacia un próximo pariente que nos dice la verdad con formas bastante ásperas; hay que recordar las dificultades que se experimentan para sacrificar la inclinación arraigada en nuestro corazón, ó para cumplir uno de sus deseos en obsequio del que con tanta generosidad derramó su sangre por nosotros. Nos convenceremos entonces de que en esa compasión no hay un verdadero amor del prójimo; que esa emoción no lleva consigo verdadera generosidad para con el Redentor, y que ni siquiera se la puede considerar como disposición verdaderamente religiosa. En efecto, no es caridad, es compasión natural; no es devoción, es movimiento enteramente involuntario y puramente humano, determinado por la vista de un hombre que sufre en una cruz.

Aquí se nos ofrece de nuevo en toda su fuerza la máxi-

(1) S. Agustín, *Civ. Dei.*, 2, 29, 1.

(2) Sto. Tomás, 1, 2, q. 65, a. 1.

ma: «Dos personas pueden obrar de la misma manera, sin hacer la misma cosa». No es extraño que dé pruebas de paciencia un flemático; pero que la practique un colérico, aunque en apariencia sea menos perfecta, es ciertamente efecto de un gran dominio de sí mismo. Lo que nos parece paciencia en el primero, no es virtud, es simplemente indiferencia natural, y á veces, culpable dejadez de espíritu. Sin embargo, proclamaré en alta voz la virtud del flemático, si valientemente se entrega á una acción que exija energía, porque sé la violencia que ha debido hacerse para elevarse hasta allá. La prontitud en prestar un servicio, la amabilidad y la franqueza, son seguramente cualidades muy recomendables. Si las encuentro en un melancólico, sé que son fruto de larga y encarnizada lucha con las inclinaciones contrarias, y que por lo tanto son verdaderas virtudes; pero si las hallo en un temperamento sanguíneo, me guardaré bien de atribuirles de buenas á primeras más importancia que á la manifestación quizá muy inconsciente de disposiciones puramente naturales. Sólo creeré que, gracias al trabajo que se ha impuesto, ha llegado á ser verdadera virtud la disposición natural, cuando le vea aplicarse con atención y reflexión á la formación de su disposición natural, y, como añade el filósofo, constantemente, y con el fin expreso de afianzarse más y más en las bellas disposiciones de su temperamento. Cualquiera que sean las predisposiciones del flemático para la calma, la melancolía y el recogimiento interior, cualquiera que sea la inclinación del colérico á la violencia, y del sanguíneo al buen humor, todos deben educar sus disposiciones naturales con largos y continuos ejercicios á fin de comunicarles esa facilidad que se adquiere con asiduidad bien dirigida. Sólo por este medio se hacen cualidades recomendables la intención y la aptitud que, de suyo, no eran en ellos loables ni meritorias.

6. Primero hay que formar las disposiciones naturales. Pequeñez de espíritu; grandeza de miras.—No hay duda que el que, por inclinación natural, está ya cer-

ca de la adquisición de una virtud, se la apropiará con más facilidad que el que por temperamento se halla á ella poco inclinado, ó el que tiene dificultades particulares para su práctica. Por eso nunca se tendrá suficientemente en cuenta este importante principio: «Salvo excepciones motivadas por la vocación ó por otros deberes, debe cada uno esforzarse, cuanto pueda, para llegar á la perfección, á que se siente vivamente solicitado en su alma. La primera perfección de un objeto es su naturaleza, la segunda la actividad, la tercera el fin á que se llega únicamente con la actividad. Siendo producida por la naturaleza la manera de obrar, debe estar enteramente conforme con ella. Ningún desarrollo, ningún perfeccionamiento puede alcanzarse, sino perfeccionando las inclinaciones basadas en la naturaleza. Esta verdad, tan conforme con nuestra razón como con nuestro sentimiento natural, nos muestra la naturalidad que hay en toda moral sana, y principalmente en la moral cristiana».

Siempre experimentará el flemático predilección por la circunspección y por la calma, por la ejecución lenta y reflexiva de sus negocios, por la puntualidad, por la firmeza inquebrantable en todos los incidentes que puedan sobrevenirle, por la probidad, por la delicadeza de conciencia y por la discreción. Sería para él faltar á la naturaleza y á la prudencia, no dirigir todos los esfuerzos hacia estas estimables cualidades, conduciéndolas á la mayor perfección posible. Las virtudes más propias de los coléricos son los grandes proyectos, el ardoroso entusiasmo, la grandeza del alma y la energía. El melancólico llegará más fácilmente á la más alta perfección en la intensidad de la vida interior, en el vigor del pensamiento, y en la predilección por el retiro. No hay quien, además de las disposiciones generales para el bien inherentes á cada uno, no haya recibido de Dios dones particulares, que hay que desarrollar con preferencia; y en este sentido debe tomarse el axioma: «Que la perfección moral debe ser una originalidad». ⁽¹⁾

(1) Sto. Tomás, 3, q. 29, a. 2; 1, 2, q. 3, a. 2; 1, p. 89, a. 1.

Dos extremos tenemos que evitar con respecto á esta doctrina, cuya influencia sobre la vida moral es tan considerable. De un lado, está la universalidad, llevada al extremo, que es una de las enfermedades más temibles de la época, que lo ofrece todo á todos, satisfaga ó no, y que por lo mismo, forma necesariamente hombres sin carácter, así como la polimatía da erudición superficial. De otro lado, están los que quieren la exclusión de toda universalidad en el carácter moral. Para éstos consiste la perfección en perseguir hasta el último extremo una disposición ó una manía cualquiera. Y va á veces tan lejos esa predilección por el exclusivismo, que no considera grande y bello, sino lo que lleva hasta la mayor perfección una tendencia exclusiva de importancia casi nula. Lo que hace decir á Félix Mendelssohn que no le gusta la universalidad, ni cree en ella. Según él, para que sea hermosa y grande una cosa, es necesario que esté limitada á un solo punto, con tal que en este punto llegue á la mayor perfección. ⁽¹⁾ Rothe toma este pasaje, y lo elogia como magnífica sentencia. ⁽²⁾

Fácilmente se puede uno dar cuenta del gran peligro moral á que conducen estos dos excesos; el último lleva infaliblemente á la estrechez de corazón y á la pedantería, á la ridiculez de carácter y á insoportable terquedad de la voluntad; no hay que buscar en él al hombre completo. El primero conduce necesariamente á la disipación del pensamiento y á la desidia del corazón. Pero una cosa es la superficialidad, la falta de carácter, y otra la universalidad de la ciencia y de la personalidad, contenidas en los límites de una sabia moderación. Una cosa es el exclusivismo y otra los límites y las defectuosidades inherentes á nuestra naturaleza. Soportemos los últimos, que son para nosotros motivos de humildad, y tratemos á toda costa de corregirnos de los primeros, como defectos que son de nuestra naturaleza.

7. Igualación de nuestras debilidades.—Sería, pues,

(1) Félix Mendelssohn, *Reisebriefe*, (2) 77.

(2) Rothe, *Ethik*, (2) I, 470 y sig.